

jeturar las facultades mentales. Los ejemplos aducidos por Gall tampoco prueban lo que se propone. No nos oponemos á lo que dice el Sr. Cubí «que una lengua cubierta de mamilas nerviosas y prominentes, conduce á colegir con certidumbre que el sentido del gusto es más delicado; que narices grandes y bien abiertas anuncian un olfato exquisito; que un pecho elevado y abovedado nos hace deducir que los pulmones son voluminosos, y que la respiración es libre; que al contrario un pecho pequeño, hendido y estrecho, indica pulmones chicos y una respiración difícil; que la anatomía comparada nos enseña que en todos los animales, mientras sean de más fuertes y gruesos nervios tanto más finos son sus sentidos,» pero tampoco se disipan con estos hechos las dudas que llevamos expresadas. En primer lugar salta á los ojos, que no es lo mismo observar la lengua, ó el cerebro; aquélla la tenemos á la vista, y no se halla, como éste, encajonada y oculta en el robusto receptáculo dispuesto por la naturaleza. Además ¿podría decirse que el sentido del gusto sea proporcional con el tamaño de la lengua? parece que nó; y ni el mismo Gall indica semejante idea, pues que sólo habla de la que está cubierta de mamilas nerviosas y prominentes, lo que nada tiene que ver con el tamaño del órgano. No sabemos lo que habrá de cierto en que unas narices grandes y bien abiertas anuncien un olfato exquisito: pero aun cuando esto sea así, ¿qué paridad hay entre las narices y el cerebro? En cuanto á lo que se añade de que un pecho elevado y abovedado nos hace deducir que los pulmones son voluminosos y que la respiración es libre; así como al contrario, un pecho pequeño, hendido y estrecho indica pulmones chicos y una respiración difícil, nada tenemos que objetar; pero desde luego ocurre que el argumento no es concluyente; porque si bien es claro que el aire circulará con más desembarazo en proporción de la magnitud de los conductos que atraviesa, también lo es que no se trata aquí del tamaño del órgano precisamente, sino de su mayor ó menor perfección; y no creemos que ni aun ateniéndonos

á los pulmones, pueda asegurarse que la perfección sea proporcional á la magnitud.

El quinto principio es: el tamaño y forma del cerebro es, con rara excepción, idéntico al tamaño y forma de la superficie externa de la cabeza. Sobre éste nada tenemos que observar, por cuanto hemos emitido ya nuestra opinión sobre las consecuencias que podrían inferirse del mismo, aun en el caso en que se le suponga indisputable, y no se levante contra él ninguna dificultad, de las que quizás podrían levantar los peritos en la materia. Lo propio diremos del sexto, pues también nos hallamos de acuerdo con el Sr. Cubí en que las facultades del alma cuando están predominantemente activas, tienen su lenguaje especial ó natural, mayormente si se trata de las que tienen relación con las pasiones; pues en cuanto á las demás, el principio debiera quizás modificarse: ¿cuál será el lenguaje especial y natural de aquellas facultades que tienen por objeto ideas abstractas?

Por lo que toca á pronosticar las facultades mentales, ateniéndose á la simple inspección de la superficie exterior del cráneo, parece que, aun suponiendo verdaderos los principios frenológicos, es operación sujeta á muchas equivocaciones. El mismo Sr. Cubí confiesa ingenuamente que son trascendentales los efectos que produce el temperamento sobre el tamaño cerebral; que una cabeza proporcionalmente chica, pero que esté bajo el influjo de un temperamento nervioso sanguíneo muy activo, manifiesta más actividad y fuerza mentales, que otra proporcionalmente grande, embotadas sus funciones por la demasiada grasa de un prepotente temperamento linfático, ó de un temperamento general poco activo; de lo que inferiremos que cuando se examina una cabeza es preciso no atender únicamente al tamaño de los órganos sino también al temperamento de la persona; y como los temperamentos aunque en general reducidos á pocas clases son sin embargo variables en gran manera, combinándose de mil modos el nervioso, el sanguíneo, el bilioso y el linfático, y siendo

infinitas las graduaciones de todos, y las proporciones en que respectivamente pueden encontrarse, resulta que dado el tamaño de un órgano, será muy aventurado el determinar la facultad mental á que corresponde. Preciso es hacer justicia á la ingenuidad del Sr. Cubí en este punto, pues que confiesa sin ningún rodeo que « conviene mucho formarse idea cabal y completa del influjo favorable ó desfavorable del temperamento; de lo contrario se cometerán errores crasos al querer pronosticar carácter y disposiciones mentales por el examen de la externa superficie de la cabeza.» (*Manual de Frenología*, pág. 20.) Esta observación del Sr. Cubí levanta una gravísima dificultad contra los pronósticos sobre las facultades mentales, formados por el examen del cráneo; porque siendo indispensable atender al temperamento, es claro que el simple tamaño no es para el acierto una guía segura.

No se escapó al Sr. Cubí esta consecuencia, y así conociendo el uso que de su confesión pudiera hacerse, trató de prevenir la objeción añadiendo: « que como el temperamento sea el que fuere, es idéntico en todos los órganos cuyo conjunto forma el cerebro, su tamaño es casi siempre una medida exacta de la potencia mental que manifiestan.» Pero esta prevención del Sr. Cubí no basta á desvanecer la dificultad; y esto por varias razones. Aun siendo idéntico el temperamento en todos los órganos que forman el conjunto del cerebro, podrá resultar que la actividad que les comunique sea igual, comparados entre sí los de una misma cabeza, mas de esto no se sigue que el tamaño sea una medida exacta; pues aquí no se trata de comparar los órganos de una misma persona sino los de diferentes. Expliquémonos con más claridad, hasta admitiendo hipótesis favorables á la opinión contraria. Supondremos dos individuos de los cuales el uno tenga el temperamento linfático y el otro nervioso; si damos que el temperamento es igual en todos los órganos de cada uno de ellos, y que el efecto que produce con respecto á la actividad es idéntico, resultará que si en el primero el órga-

no del cálculo numérico por ejemplo, ateniéndonos sólo al tamaño, es como 4, y el efecto causado por el temperamento es como 3, la actividad del órgano vendrá expresada por el producto de los dos factores, y por consiguiente será igual á 12. Entonces si examinamos otro órgano cualquiera del mismo individuo, por ejemplo la localidad, si el tamaño nos da 5, estribando en la misma hipótesis de la igualdad de la influencia del temperamento expresada por el factor 3, la actividad total estará representada por el producto de 5 por 3, ó sea 15, y así sucesivamente se irían determinando las demás facultades; pero cuando pasemos al examen de la cabeza del otro individuo, ya no nos servirán para nada las suposiciones anteriores; entonces habrán cambiado los dos datos del problema; será preciso atender á nuevos tamaños y á nuevo temperamento, y así aun suponiendo que en el primero lo hubiésemos hecho con la precisión que se ha dicho, lo que es más fácil de imaginar que de ejecutar, ¿cómo podría verificarse en el otro? Nada importaría que se dijese que en cada uno todos los órganos tienen un mismo temperamento; pues que tratando de diferentes individuos, lo que al uno se aplica podrá no ser aplicable al otro. Así pues según esta doctrina siempre será preciso atender, á lo menos, á dos cosas: al tamaño y al temperamento, y combinar acertadamente la respectiva influencia; operación que, según parece, no ha de ser nada fácil.

Contra la indicada prevención del Sr. Cubí milita además otra razón nada despreciable. Dada la igualdad de temperamento en todos los órganos de una misma cabeza, ¿es bien cierto que la influencia de éste sea igual también sobre todos ellos, de suerte que pueda estar expresada por un factor constante como más arriba suponíamos? Esto es lo que nos debería probar. Personas conoce el que esto escribe, en quienes se nota para muchas funciones una inacción, una especie de postración, que quizás dimanen del temperamento linfático que en ellas predomina; y sin embargo para otras muestran una facilidad, una viveza que

contrastan de una manera singular con la apatía de las primeras. Esto, ¿no podría indicar que ciertos órganos se resienten más del temperamento que otros? y entonces ¿cómo será posible graduar estas diferencias? Es muy natural que el temperamento influya también sobre los órganos de los sentidos externos, pero no lo es tanto que esta influencia sea igual para todos. ¿Quién no ve, por ejemplo, lo mucho que va de la vista al oído, y lo muy diferentes que deben de ser las causas que contribuyan á la perfección respectiva? ¿y qué diremos comparando estos dos sentidos con el del paladar, el olfato y el tacto? ¿por qué no podrá suceder lo mismo con respecto á los órganos internos? Si realmente existiesen los dos órganos de la *alimentividad* y de la *sublimidad*, ¿no es muy probable que las causas que los modificarían serían de orden muy distinto? En el caso de influir al mismo tiempo sobre ambos una misma causa, ¿no puede conjeturarse que este influjo obraría sobre el uno de muy diferente manera que sobre el otro? ¿no podría también acontecer que lo que para aquél fuese favorable, para éste fuese dañoso? Vemos á cada paso que cierta disposición del cuerpo desarrolla ciertas facultades, mientras embota ó adormece las otras; lo que se verifica accidentalmente, ¿por qué no podrá suceder por ley constante?

Y cuando esto decimos, no pretendemos establecer nuestra opinión sobre ninguno de estos extremos; desde un principio hemos confesado nuestra incompetencia para el fallo, y así sólo nos proponemos apuntar las dificultades que nos van ocurriendo, deseosos de que una discusión más abundante deje en su puesto la verdad.

Además, que el mismo Sr. Cubí conviene expresamente en que es muy difícil el pronóstico, cuando después de haber sostenido que el tamaño y forma del cerebro es con rara excepción idéntico al tamaño y forma de la superficie externa de la cabeza, restringe de tal suerte el principio que hace nacer la mayor incertidumbre sobre las probabilidades de acierto del arte en que dicho señor se ejercita.

Sus palabras son las siguientes: «Pero no siempre se desarrolla el cráneo de manera que se haga tan patente á la vista el crece ó desenvolvimiento extraordinario de uno ó más órganos cerebrales. Las *fibras que los constituyen pueden adquirir mayor vigor, las venas y arterias que los reponen más ensanche y actividad, sin necesitar mayor espacio para obrar, ó con sólo adelgazar el cráneo por la parte interior, sin que á la vista se haga inmediatamente muy perceptible: bien así como la textura de una pierna, que se vuelve con el bien dirigido y continuado ejercicio, más apretada, más compacta, más fuerte, sin que de golpe lo perciban los sentidos.*» (*Ib. p. 20.*)

Aquí tenemos que el Sr. Cubí confiesa dos cosas á cual más notables: 1.^a que en ciertos casos la fuerza de un órgano puede no depender del tamaño sino del mayor vigor de las fibras que lo constituyen, y del mayor ensanche y actividad de las venas y arterias que lo reponen. Luego al menos en estos casos el tamaño es un signo falible. Lo que sucede en éstos ¿por qué no podrá suceder en otros y otros? ¿por qué se ha de suponer que el fenómeno sea extraordinario? ¿no vemos á cada paso que la fuerza de los miembros y de los órganos que tenemos á la vista no es proporcional con el tamaño de los mismos? ¿No es ley general de todos los seres corpóreos, que su actividad y demás calidades no dependen precisamente de su magnitud, sino también de la clase de partes y elementos que los forman, y de la manera con que aquéllas y éstos se arreglan y combinan? 2.^a Que el cráneo puede adelgazarse por la parte interior, dejando mayor espacio á los órganos, sin que en la exterior se haga sentir el aumento. Otra prueba de que la configuración del cráneo puede conducirnos á equivocación, si por ella queremos pronosticar las facultades del alma.

El Sr. Cubí trata al parecer de disminuir el mal efecto que pudiera producir una confesión tan terminante, continuando: «Digo de golpe; porque á poco que se examine, deben percibirlo; puesto que una pierna, ó una cabeza, ú

otro órgano cualquiera, si se ejercitan mucho, tienen otra apariencia y son más calientes al tacto por la más rápida circulación de sangre que hay en ellos, que una pierna, una cabeza ú otro órgano cualquiera, que se mantienen inactivos.» No negaremos que una parte muy ejercitada adquiere mayor fuerza, y que hasta presenta señales que no la dejan equivocar con otra que se mantenga inactiva; como vemos á cada paso comparando las manos que sólo manejan libros ó plumas, con las que se ocupan en faenas penosas. Pero fácilmente se echa de ver que lo que puede conocerse muy bien con respecto á miembros, cuya textura interior se presenta á la vista y al tacto, sólo cubierta con endeble cutis, no es ni siquiera posible tratándose de órganos metidos dentro de una cavidad tan robusta y tan bien forrada como es el cráneo. No quedará pues otro medio que el mayor ó menor calor que se observe en la parte; pero ¿quién no ve á cuántas y cuán varias causas puede estar sujeto este fenómeno y cuán difícil es apreciar por este medio el desarrollo de los órganos internos? Enhorabuena que una cabeza muy caliente indique el estado de viva acción en que se hallen las funciones cerebrales; mas ¿qué sacaremos de aquí para formar juicio sobre el estado habitual de las mismas, ni sobre la mayor ó menor extensión de las facultades mentales?

El mismo Sr. Cubí, tratando de *las condiciones desconocidas*, viene á confirmar lo mismo que estamos diciendo. «Nótanse á veces fenómenos de prodigiosa, sana actividad, especialmente en los órganos de la región superciliar, *cuyas causas no pueden hallarse ni en su tamaño, ni en ninguna de las favorables circunstancias que pueden modificarlo.* Comparado por ejemplo el tamaño del órgano del cálculo de Vito Mangiamele con el de otra persona que lo tenga normalmente desarrollado, lo consideraremos algo grande, si, pero de ninguna manera se presentará tan desmedido como debiera esperarse de su milagroso y sobrehumano vigor y rapidísima actividad. *Blaise Pascal* es otro singular fenómeno. A los once años encerrado en un

cuarto sin que jamás hubiese saludado á la geometría, inventó casi todas las proposiciones de Euclides, y á los diez y seis ya había escrito una obra excelente sobre secciones cónicas. Bellini, Paganini y Rossini, no tienen al parecer los órganos, ni las favorables circunstancias conocidas, de cuya combinación nace la música, más desarrollados que otras personas, las cuales después de haber pasado toda su vida estudiando aquella noble arte, nunca llegaron á ser más que buenos compositores ó ejecutores.» ¿Puede darse argumento más fuerte para hacer bambolear todo el edificio de la Frenología? Si en los casos más notables y característicos, donde no caben ilusiones sobre la mayor ó menor fuerza de una facultad, la naturaleza nos muestra que no hay proporción entre dicha fuerza y el tamaño del órgano cerebral, ni ninguna de las favorables circunstancias que puedan modificarlo, ¿cómo podremos estar satisfechos con los principios establecidos? Esto, se nos dirá, son raras excepciones; pero ¿quién nos lo asegura? ¿quién sabe si se repiten con tanta frecuencia, que lleguen á formar una regla? ¿cabalmente las leyes frenológicas salen fallidas en los casos en que más de bulto debieran presentarse?

Pero oigamos de nuevo al Sr. Cubí. «Se cuentan casos milagrosos de memoria verbal, yo he conocido varios. *A ninguno de estos portentos les he hallado ni el órgano correspondiente cerebral, ni las circunstancias modificativas, tan prodigiosamente desarrolladas como debieron haber sido*, á no mediar para aquella poderosa retentiva, alguna otra causa ó condición auxiliar, que aun desconocemos. Walter Scott jamás se olvidaba de lo que había una vez oído. Cuenta Lockart, su biógrafo, que el caballero Hogg se le presentó un día con mucha pesadumbre por haber perdido un poema que hacía algún tiempo había compuesto. Consolóle Walter Scott diciéndole que creía poderle ser útil en recobrarlo; y en efecto á pesar de que no lo había oído más que una sola vez en su vida, lo dictó entero á su mismo autor quien lo había olvidado. *Para tamaño retentiva*, con-

fiesa francamente Combe, *no tenemos ninguna señal externa*; si bien depende indudablemente de alguna condición especial del cerebro.» Nuevos motivos para aumentar las dudas sobre los principios frenológicos. Y nótese bien, que hablando el Sr. Cubí de los casos milagrosos de memoria verbal, dice que el órgano correspondiente cerebral ni las circunstancias modificativas, tan prodigiosamente desarrolladas como debieron haber sido, no lo ha hallado en *ninguno* de estos portentos. Esta confesión que honra mucho la ingenuidad del Sr. Cubí, pues que da una prueba de que no repara en dar armas á sus adversarios cuando lo exige la verdad, ataca los fundamentos de la Frenología, porque nos inclina á creer que debe de ser una ley bastante general el que los principios de esta ciencia no son aplicables cuando se trata de facultades extraordinarias.

«El presentarse de vez en cuando estos casos milagrosos, dice el Sr. Cubí, en nada afecta ni la utilidad, ni los principios de la Frenología. Nunca se ofrecen donde no existe un desarrollo más que regular y casi siempre grande de los órganos cerebrales y de las circunstancias favorablemente modificativas, de que les supone depender la Frenología, y de que en gran parte realmente dependen.» No podemos convenir en la opinión del citado escritor; y para que se vea la razón en que estribamos, preguntaremos ¿cuál es el principio fundamental de la Frenología? Si no nos engañamos, consiste en suponer el cerebro compuesto de muchos órganos, con cierta proporción entre el tamaño de éstos y las facultades mentales; es así que según vosotros mismos una experiencia constante atestigua que esta proporción no existe en los casos en que precisamente debiera hacerse más sensible, luego tenemos grandes motivos para recelar que los principios frenológicos no están fundados en la naturaleza.

Parécenos que si en esta materia se han de hacer experimentos que puedan conducir á resultados verdaderamente científicos, conviene que se escojan objetos en que

las cualidades sean algo singulares; del contrario hay el riesgo de no determinar bien ningún fenómeno. En efecto: supongamos que para examinar el órgano del cálculo numérico se eligen cabezas comunes donde esta facultad no tiene más que un desarrollo ordinario; será imposible adelantar nada. En primer lugar, ni el mismo que la posee es capaz de darse cuenta á sí mismo de la graduación más ó menos alta que disfruta. Sabrá que aprendió con más ó menos facilidad, que calcula de la propia manera; pero ¿quién es capaz de formarse ideas exactas sobre esos *más ó menos*? En segundo lugar, es necesario atender al tiempo gastado en aprender, al empleado en ejercitarse, la clase de operaciones en que se ha verificado la práctica, y á las circunstancias de vida, de fortuna, de carácter, que pueden haber avivado ó debilitado la atención; es preciso pesarlo todo, combinarlo, compararlo, y viendo finalmente la destreza adquirida, cotejarla con el tamaño del órgano. ¿Quién es capaz de prometerse ni mediano acierto, teniendo que llevar en cuenta tantos y tan diferentes datos, á no ser que se trate de fenómenos muy marcados, y que ofrezcan, por decirlo así, abultado cuerpo á la observación?

«De lo que acaba de exponerse, continúa el escritor, no es difícil deducir que existe la posibilidad de pronosticar fuerza mental por el volumen, configuración y apariencia de la cabeza. Porque, si se sabe que el cerebro es la máquina que mueve el alma para manifestarse; si se sabe que las varias facultades del alma se manifiestan por medio de varias partes constitutivas del cerebro; si se sabe que el tamaño de un órgano es una indicación segura por lo común de su fuerza mental, y si por fin se sabe que lo mismo es ver ó palpar la superficie externa de la cabeza, para juzgar de la forma y volumen del cerebro, que el mismo cerebro, salta á los ojos que según sea el tamaño de un órgano cerebral, examinado en el exterior de la cabeza, así será la fuerza mental que él sea capaz de manifestar.» Respetamos las convicciones del Sr. Cubí en pun-

to á la certeza de la ciencia frenológica, pero quizás en este pasaje se abandona demasiado á su entusiasmo, pues que hasta tal punto lleva la seguridad de los pronósticos que se formen por el mero examen de la superficie externa de la cabeza. Creemos que las dificultades que acabamos de presentar, si no son bastantes para destruir esta certeza, al menos pueden hacerla vacilar algún tanto; y sea cual fuere el juicio que de las mismas se forme, al menos será preciso convenir en que no son para despreciadas.

Y todavía conviene no olvidar, que al suscitar dudas sobre los principios frenológicos nos hemos ceñido á la teoría propiamente dicha; y no hemos descendido al examen de su práctica, sino relativamente á un solo órgano comparado con su correspondiente potencia. Pero las dificultades propuestas adquieren mucha mayor fuerza, si se tienen en consideración las complicaciones que por necesidad ha de traer consigo el examen de muchos órganos á la vez, infiriendo por su tamaño la facultad del alma que indican.

Para no confundir las ideas, agrupando muchas de un golpe, hemos supuesto que el tamaño de un órgano podía examinarse tal como era en sí; suposición que permitíamos, pero que estamos muy lejos de aceptar, y sobre la cual vamos ahora á decir nuestra opinión. Cuando se examina un órgano por medio del cráneo, aun cuando se suponga que la configuración exterior corresponda exactamente á la interior, no podrá inferirse que se haya determinado el tamaño del que ocupa la localidad examinada. Para que esto pudiera inferirse con certeza, sería necesario saber si á más de la parte del cerebro contenida en la concavidad indicada por la convexidad, no hay otra que se prolonga hacia lo interior, en esta ó aquella dirección, aumentándose así el tamaño del mismo órgano. Aclaremos nuestra idea con un ejemplo. Supongamos que examinando el órgano de la destructividad, hallamos una convexidad en el cráneo, que nos presenta un volumen de media

pulgada cúbica: en la hipótesis de que la parte interior corresponde exactamente á la exterior, deduciremos que existe un órgano del mismo volumen. Pero como no sabemos que este órgano acabe allí, á no ser que supongamos también que todos estén tan limitados á las concavidades del cráneo, como si pasasen planos secantes que les impidiesen extenderse por la parte de dentro, resultará que tendremos muy poco adelantado cuando conozcamos la parte indicada por la convexidad exterior.

Es evidente que así el cerebro como todas sus partes no son una mera superficie sino un volumen; y que cuanto más múltiplo se le suponga, tanto más difícil se hará el determinar la porción que de dicho volumen corresponde á cada uno de los órganos. Considerando el cerebro como órgano único sería el examen mucho más sencillo; y si el tamaño debiese indicar las facultades mentales, los pronósticos estuvieran menos sujetos á error. Así por ejemplo, si diésemos que midiendo las dimensiones de un cráneo nos resultasen *N.* pulgadas cúbicas, para el volumen del mismo, el valor de *N.* expresaría también el volumen del cerebro; y como en tal caso no tuviéramos que distribuir esta cantidad entre los demás órganos, sólo podríamos incurrir en la equivocación que proviniese de la poca exactitud de la medida de las dimensiones, ó de la falta de correspondencia que hubiese entre lo interior y lo exterior de la cabeza. Pero suponiendo múltiplo el cerebro, cuando tengamos su volumen total, nada habremos adelantado para determinar la fuerza respectiva de los órganos; porque el valor del volumen expresado por *N.*, será menester distribuirlo entre muchos, siendo evidente que semejante distribución puede hacerse con más ó menos igualdad y de infinitas maneras.

Para los que gusten profundizar más la materia, y formarse ideas precisas y exactas, presentaremos la dificultad, valiéndonos de términos geométricos. Supongamos que examinando la superficie, hallemos que un órgano ocupa un casco ó casquete esférico de unas dimensiones

cualesquiera; ¿conocemos por esto el tamaño del órgano? ciertamente que no: porque no sabemos si está limitado precisamente al segmento esférico, ó si extendiéndose por lo interior, se aproxima más ó menos á un sector esférico, ó se prolonga en configuraciones irregulares. Y como es evidente que si esto se verifica será mucho mayor el tamaño, resulta que en no teniendo observaciones que nos demuestren cuál es la configuración de cada uno de los órganos, cuanto se diga sobre el volumen respectivo estará tan destituido de fundamento, como si por la superficie de un casquete esférico pretendiésemos averiguar el volumen que corresponde á porciones heterogéneas de una esfera, no sabiendo si por la parte interior se limitan al segmento, ó si llegan á formar sectores, ó conos truncados, ó si toman otras formas regulares ó irregulares.

Cuenta el Sr. Cubí 39 órganos, correspondientes á otras tantas facultades del alma; y como es probable que no se hayan descubierto todos, debemos inferir que en caso de que el cerebro fuese múltiplo, existirían otros que no conocemos, y que nos iría revelando la experiencia. Reflexione el lector si ha de ser poca la dificultad de deslindar los unos de los otros tratándose de una superficie tan reducida como es nuestro cráneo; que si á esto añade las precedentes consideraciones que se refieren á la configuración interior, á las ramificaciones con que pueden enlazarse, particularmente los que ocupan lugares inmediatos, echará de ver la necesidad de mantenerse en prudente reserva, siguiendo la regla que debe siempre guiar á quien se ocupe del estudio de la naturaleza, no prestar fácilmente asenso hasta verse obligado á ello por el número y certeza de las observaciones, y por la exactitud de los raciocinios que manifiesten la legitimidad de las consecuencias.

Pues bien, se nos dirá, ¿pensáis que la Frenología es una teoría destituida de todo fundamento? ¿Opináis que no es más que un sueño de algunos entusiastas? ¿Creéis que todos los hechos que exponen, que todas las razones que aducen son puras falsedades y quimeras? No decimos tan-

to: insiguiendo en nuestro sistema de respetar las convicciones ajenas, nos hemos abstenido de calificaciones duras, y hemos hablado de las personas con el debido decoro. Más diremos: si se nos pregunta si estamos convencidos que el cerebro sea órgano único, responderemos que en nuestra opinión este es todavía un secreto de la naturaleza; si se nos pregunta, si juzgamos imposible la multiplicidad de los órganos cerebrales, responderemos que nó; pues de la propia suerte que todos estamos acordes en que el cerebro es órgano del alma, entendiendo esta expresión en el sentido arriba explicado, tampoco es lícito negar que Dios en vez de darle uno solo, podría haber formado el cerebro compuesto de varias partes de tal manera que cada una ejerciese su función peculiar; si se nos pregunta si creemos que bajo este aspecto nada tenga que hacer la ciencia, y que la observación de las cabezas se haya de descuidar como cosa enteramente inútil y vana, responderemos que nó; porque es indudable la relación entre el cerebro y las operaciones del alma, y porque la simple vista de las testas de los talentos extraordinarios, está indicando que hay aquí algo que estudiar. ¿Quién no ha reparado en la espaciosa frente de casi todos los hombres célebres por su elevada capacidad? Las señales que nos da la inteligencia ¿por qué no podrían darnoslas otras facultades?

Esta confesión está manifestando que escribimos con imparcialidad, con buena fe, deseosos de que la verdad brote radiante y pura del mismo choque de las discusiones. Pero por lo mismo que este fin guía nuestra pluma, somos enemigos de la exageración, y no podemos consentir que pase por cosa cierta lo que es muy dudoso, y que se dé por fallada la causa cuando pende todavía en el tribunal de la razón.

¿Quién negará que la observación de las fisonomías no pueda servir en algunos casos para conjeturar sobre algunas cualidades personales? Nadie ignora lo mucho que se ha escrito sobre este particular; como y también que la

demasiada importancia que se quiso dar á este arte, contribuyó á su descrédito. Somos amigos de la verdad, y por lo mismo no lo somos de la exageración: que la exageración mata las doctrinas como los partidos.

No alas, sino plomo: máxima que no nos cansaremos de repetir, porque jamás la tiene demasiado inculcada el espíritu humano. Si Bacon volviese al mundo todavía encontraría en qué ocuparse. Hablando el Sr. Cubí de la filosofía de Descartes, dice que si la Frenología no hubiese hecho más que ahorrar en lo sucesivo el precioso tiempo que ingenios privilegiados emplearían en fútiles especulaciones de esta clase, todavía sería acreedora á las alabanzas que se le tributan; creemos que el Sr. Cubí hace á la Frenología un honor que no le corresponde, pues no ignora dicho señor que no es Gall quien ha desterrado los sistemas hipotéticos. Como quiera, conviene guardarse de ellos, y en tratando de establecer proposiciones en materia de ciencias naturales, lo que importa son hechos, y no más que hechos. Esta es nuestra opinión, la misma que manifestamos ya en el primer artículo cuando decíamos: «Como las ciencias naturales, á las que ésta pertenece también, no deben éstribar en meras hipótesis ó en razones de analogía más ó menos convincentes, sino que han de apoyarse en hechos observados con rigurosa exactitud, será menester, primero: que se nos pruebe que el cerebro está distribuído en cierto número de partes de las cuales cada una sirve para una función determinada; segundo, que se señale la localidad de las mismas, y la respectiva facultad del alma de que son instrumentos; tercero, que se nos muestre que por la simple inspección ó contacto del cráneo se puede adivinar la existencia y el grado de dichas facultades; cuarto, que se indiquen con alguna precisión las causas que puedan inducir á error cuando se trate de formar esta conjetura; quinto, que se explique apoyándolo con hechos ciertos, cuál es el desarrollo y modificaciones que de la educación, de la instrucción, de las ocupaciones, del tenor general de la vida, ú otras causas cualesquiera pue-

den resultar; sexto, que al ofrecerse las láminas que señalan donde se encuentran los asientos de los órganos cerebrales, se indiquen las reglas que han presidido á la delineación: ora se trate de las cabezas en general, ora de las que se hayan desarrollado de una manera particular y notable, natural ó artificialmente.»

Por lo tocante al modo con que debe hacerse uso de la ciencia, repetiremos también aquí lo que dijimos allí. «En breve, deseamos que el Sr. Cubí eleve la Frenología á toda la altura que reclaman el mismo decoro y la dignidad de la ciencia, no dejando ningún pretexto á que se la pueda tachar de ilusión y charlatanismo. Deseamos que en lo tocante á la práctica, ni se le quite nada de lo que le corresponde, ni se le atribuya lo que no le pertenece. La exageración excita quizás un entusiasmo momentáneo; sólo la verdad produce un efecto duradero. El crédito de las ciencias debe fundarse en las convicciones arraigadas en el entendimiento, no en las lisonjas tributadas al amor propio, ó en las frívolas puerilidades de una vana curiosidad.»

Otro día nos ocuparemos de la Frenología en sus relaciones con la religión y la moral. Procuraremos aclarar las ideas para que los incautos no incurran en errores peligrosos. Ni disimularemos la verdad, ni reprenderemos sin motivo: porque deseamos que nuestros escritos lleven el doble sello de la austeridad de la razón, y de la imparcialidad de la justicia.—*J. B.*